

*Desde Washington*  
*1<sup>a</sup> - XII - 84 (Aab.) p. 7A*  
**Aventuras en el Primer Mundo**

POR LORENZO MEYER

**S**E dice que a lo bueno se acostumbra uno pronto. Es cierto, pero no del todo. A mí me sucede que siempre que dejo mi mundo subdesarrollado para venir a pasar un tiempo en la gran sociedad posindustrial estadounidense, la vida cotidiana se llena de pequeños problemas imprevistos. Esto se debe básicamente a que al cruzar el río Bravo rumbo al norte, mi cultura mecánica y técnica se hace obsoleta y esto me lleva a constantes experiencias ridículas y humillantes. Ahí está, por ejemplo, mi derrota frente a la estufa.

A simple vista, la estufa de mi departamento se parece mucho a las que he tenido en México, pero en realidad es algo distinto. Se trata de una cruz entre estufa eléctrica y de gas. Si fuera equino, sería una mula. Y la comparación no es mala. Para prender las hornillas no hay mucho problema, pese a que no es muy simple. Sin embargo, el verdadero acertijo es poner a funcionar el horno.

★

**A**L frente de la estufa hay un tablero con tres aparatos que parecen relojes, en realidad uno de ellos lo es. Bueno, después de varios intentos, descubrí que para echar a andar el mentado horno tenía que mover los manecillas de esa especie de relojes, pero esto lo hacía —y lo hago— al azar, sin saber cuál es la verdadera relación entre los aparatitos y el gas. Hasta aquí todo más o menos bien, pero el verdadero misterio se inicia después de apagar el horno. En efecto, pasada una hora o tres cuartos, suena una alarma. Y ya van tres o cuatro veces que me tengo que parar en la madrugada a callarla

moviendo al azar las manecillas. No la puedo desconectar porque no sé dónde está el enchufe. Ahora

entiendo por qué un profesor que tuve en la Universidad de Chicago (Morton Kaplan) se preguntaba con toda la seriedad del caso, si no sería adecuado considerar que algunos de nuestros modernos aparatos poseían algún tipo de vida. Me sospecho que el buen profesor tenía una estufa como la mía.

Mi cocina, aunque pequeña, parece estar llena de sorpresas pese a no contar con horno de microondas. El fregadero también me hizo pasar malos ratos. Por fuera se parece a todos, pero no por dentro. Al tercer día de uso se tapó. Me extrañó lo delicado de la cañería, pero no le di mayor importancia. Busqué sin éxito en el supermercado eso que nosotros llamamos "bomba" y que sirve para destapar cañerías por succión. Al no encontrarla, recurrí primero a líquidos disolventes y luego, desesperado, a la sosa cáustica. Después de tres o cuatro tratamientos de shock, la pobre cañería —que siempre me pareció demasiado gorda— no resistió y empezó a dejar escapar el agua por todos lados. Alarmado y molesto llamé a mi landlord y le informé escuetamente del problema. Prometió enviar un plomero al día siguiente.

**L**OS plomeros llegaron en una gran camioneta, vieron el desperfecto y, sin más ni más, dijeron que era preciso cambiar parte de la tubería. Como no iba a pagar yo, les dije que sí. Cuando terminaron su trabajo abrieron la llave del agua... (!) y prendieron un motor (!). Fue entonces, y sólo entonces, que me di cuenta que la "cañería gorda" era en realidad un triturador de basura y que si el desagüe no había funcionado se debía a que yo nunca había echado a andar ese pobre motor que había expirado después de aguantar como un kilo de sosa cáustica y varios litros de disolvente. Afortunadamente mi casera nunca llegó a sospechar la verdadera razón de la falla del triturador. Seguramente que debió atribuirlo a la mala calidad de la mano de obra norteamericana.

Mis problemas en el primer mundo no son sólo

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

## Desde Washington

Sigue de la página 112

de técnica, los tengo también de información. El ejemplo más claro fue mi medida de pata en la compra de un automóvil usado. Como vivó con mi familia en un suburbio, el coche es artículo de primera necesidad. Apenas había yo desempacado cuando fui a una agencia de autos para saber cuánto me costaría un automóvil japonés. Pedí uno japonés porque supuse que, como ocurre con las cámaras fotográficas, los radios portátiles, los televisores y mil cosas más, serían los más baratos. Yo iba simplemente a preguntar, pero salí dueño de un Datsun que debería pagar a plazos. No pasaron ni 24 horas antes de

que un amigo me indicara que justamente son los autos japoneses, en principio baratos, que resultan al final ser de los más caros por el sobreprecio que les imponen las autoridades estadounidenses para que no compitan con la producción local. Y no sólo eso, sino que me lo habían vendido mucho más caro de lo normal. En una palabra, que me habían visto la cara de, digamos, fuereño.

Me costó Dios y ayuda, más la furia de mi esposa, pagando una especie de multa. El vendedor, en un deshacer el trato, y ese intento desesperado por mantener su presa, me amenazó primero, y me aconsejó después dónde podría buscar crédito:

muy serio me informó que él sabía que el Banco Mundial tenía como norma prestar a extranjeros que no eran sujetos de crédito en los bancos normales, como era mi caso. Sólo mi buena educación —y el temor de que me aumentara la multa— evitó que me riera en sus barbas. Pasado el trago amargo, he vuelto a pensar qué cara hubieran puesto en el Banco Mundial si hubiera llegado a sus oficinas y hubiera pedido ver a la persona encargada de financiar la compra de autos usados para profesores subdesarrollados. Habría dado como referencia a Jesús Silva Herzog; una vez lo conocí en El Colegio de México.